



La salud mental de un país se mide por su lenguaje. Existe un prurito neurótico por expresarnos ve-
lozmente que está convirtiendo nuestras comunicaciones en algo así como en un altercado entre simios. De eso a convertirnos en simios no hay más que un paso. Es la misma teoría de Darwin, pero al revés. La clave de esta nueva tristeza española me la ha dado, de pronto, la palabra «bus». Hasta el alcalde dice «bus», como los niños pequeñitos, sin que se altere su alta dignidad municipal. Todo el mundo dice «bus», y «tele», y «profe», y otras muchas cosas por el estilo. No hay nada tan ridículo como una persona mayor diciendo: «Mami, quiero tomar el "bus" para escapar del "profe", que no me deja ver la "tele"». ¿Pero ustedes han visto cosa igual? Cuando se imita convincentemente a los idiotas acaba uno por serlo. En mi adolescencia, que fue la del gasógeno y la del plomo verde, aunque también

los había de otros colores, se decían cosas como Zarra, que era un jugador del Atlético de Bilbao. Pero es que se llamaba Zarraonandia, y eso ya era demasiado. Las cosas complicadas se pueden hacer sencillas, pero sin excederse. Por ejemplo, el calendario azteca era endemoniado, porque al final del año siempre sobraban días y no sabían qué hacer con ellos; pero de eso a un calendario como el que hizo don Julio Rodríguez, hay un abismo. Ni tanto ni tan calvo. Hablando de los aztecas. Había un chico que se llamaba Psitexicloizu, pero todo el mundo le decía: «Oye, tú», y se explica. Lo que no se explica es lo de «bus». Sobre todo, es un mal camino. Estamos retrocediendo hacia un lenguaje monosilábico, de estampido fonético. Retrocedemos hacia las

selvas de la comunicación humana. Si yo fuese académico de la Lengua (con perdón) me tumbaría en el carril del «solo bus» hasta que el «bus» fuese autobús.

Lo malo de todo esto es que los apócopes del lenguaje se están transfiriendo a los valores de cultura y a los valores sociales. Ese lenguaje zoológico, inmediato y bestial, refleja un estado de ánimo similar al de las hormigas, cuya única obsesión es la de llenar sus graneros y no interrogarse sobre sí mismas. Hombre, yo no digo que la gente deba expresarse como don Emilio Castelar, que Dios haya perdonado, sino que es preciso echarle a la cosa un poco de semántica y de sintaxis. Llegará un día en que escriba uno para el periódico la palabra «autobús» en un artículo y se lo rechacen por hacer literatura. Y uno tendrá que huir de todos los sitios y refugiarse en la literatura para continuar siendo un hombre. ■ LICANTROPO.

